

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—**A un ruiseñor**, por María G. Galán y Godoy de Esteban.—**Leontina**, por Matilde Bourdon.—**Resignación**, por X.—**Dolora**, poesia, por José Selgas.—**Correspondencia**.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA.

Continuacion.

Y me alejé, cerrando tras de mí la puerta del corral.

Salí de la casa, atravesé la calle, y empecé á bajar la cuesta, con tal precipitación, como si fuera á mi alcance algun formidable enemigo.

Quería huir de mí misma, estaba desatenta, estaba ciega...

De pronto oí á mi espalda unos lastimeros balidos.

—Ilusion! murmuré; si miro atrás estoy perdida!

Y continué corriendo; pero los balidos continuaban resonando cada vez mas lastimeros en mis oídos.

Al fin no pude vencerme... me paré... volví la cabeza...

¡Oh Dios mio, no era ilusion! La pobre Linda me seguia cojeando...

Cuando comprendió que habia sido vista, cuando ya no pudo creer que la dejase abandonada, se dejó caer al suelo... sus fuerzas estaban agotadas...

¿Cómo era posible resistir? Corrí hácia ella...

¡Ay, la pobrecilla tenia una patita rota, y estaba inundada de sangre! Y sin embargo corría, habia preferido el dolor á abandonarme...

—Al hallar la puerta cerrada, dijo Antonio, que llegaba jadeando al mismo tiempo, ha brincado por lá tapia, y se ha lastimado...

Me senté en la yerba, la coloqué en mi falda, la vendé la patita con el pañuelo, la llené de besos y caricias, y lloré, Julia, lloré!... Y ella me miraba con unos ojos que no espresaban reconvencion, sino gratitud y ternura...

¡Oh Dios mio, hay tan pocos corazones que nos amen sinceramente en el mundo, que no es extraño que agradezcamos el cariño, aunque sea patrimonio del mas abyecto de los seres.

Sin embargo, el sacrificio era indispensable: la tranquilidad de todos lo exigia.

Hice un último y supremo esfuerzo.

—Tome usted, Antonio, le dije colocándola en sus brazos, y cerrando los ojos para no ver sus miradas de desconsuelo, tome usted, y llévesela usted á Paula... Dígala usted que la cuide mucho... yo voy andando.

Y fui andando en efecto, pero regando con lágrimas las piedras del camino.

Ni sé por donde pasé, ni el instante en que Antonio se reunió conmigo.

Cuando llegué á casa, la abuela estaba en la sala baja con don Tomás, Eduardo y el cura.

—¿En dónde has estado? ¿qué te ha sucedido? exclamó abalanzándose á mi encuentro, porque todos ignoraban mi expedición y su objeto.

—He ido á llevar la cabrita á Paula, respondí en tono sombrío.

¡Oh, Julia, la abuela me estrechó la mano con efusion, Eduardo clavó en mí una ardiente mirada de gratitud; pero lo confieso, todo esto no bastó á consolarme... Por primera vez, el haber cumplido con mi deber, no me hizo tolerable el sacrificio...

Ya empieza á blanquear el alba, y estoy destrozada... Voy á arrojar-me vestida sobre el lecho, y quiera Dios que pueda dormir algunos instantes sin escuchar el balido lastimero de mi pobre Linda, que me está talarando los oídos.

XXI.

Rompe mis dos cartas anteriores, Julia,

rómpelas al instante. Que nadie sino tú sepa que han caído tales puerilidades en el corazón de una mujer casada, que tiene marido, hijos, mil objetos á los cuales atender y amar. Me avergüenzo de habértelas escrito; pero no de haberlas sentido, Julia. Oh no! mi pobre cabrita tan dócil, tan amante, bien merecía que me separase de ella con pesar.

Desdichado del que no ame á la flor que le dá su perfume, al arroyo que le tributa sus perlas, á la brisa que viene murmurando á refrescar su frente.

Aunque es un amor de otro orden, yo confieso que amo todos los objetos que me cercan, amo hasta el viejo sofá en donde se reclinaba mi madre; amo hasta el reclinatorio de ébano, en donde Gertrudis me hacia arrodillar para balbucear mis primeras preces: todos estos viejos muebles que he querido á la fuerza traer conmigo, son objetos para mí de un verdadero y extraño culto, lo cual no me impide querer entrañablemente á la abuela, á don Tomas, á mis dos hijos y á Eduardo.

Pero el mundo, Julia, se rie de los sentimientos que inspiran cosas de un orden inferior, ajenas á su gravedad sistemática, y tal vez el que no sea capaz ni aun de amar á su padre, me echará en cara la frivolidad de mis afectos.

Yo no quiero que nadie se ria de mí, si no tú, querida Julia.

Sin embargo, para recobrar mi buen lugar en tu concepto, si acaso lo hubiere perdido, hoy no quiero hablarte mas que de cosas serias.

Ya sabes que habia pedido labor á la abuela, y ella la dividió por mitad entre Tomasilla y yo; pero quiso el diablo, que con la ayuda de María, descubriese un arcon inmenso, en donde estaban las prendas de invierno que ya se empezaban á no usar, y yo creyendo hacer una gran cosa, me dediqué á repasarlas con un ardor digno de mejor causa.

La abuela me veia hacer y no me decia nada; pero llegó el viernes, y cuando me pidió cuenta de la ropa, yo la enumeré con énfasis las piezas que habia cosido y que ya estaban corrientes para el invierno venidero.

—Bien, me respondió con frialdad; ¿pero y la ropa de la semana?

Confesé que no había dado en ella ni un solo punto.

—Sin embargo, me replicó, esa es la que está en juego. Mañana se plancha, y no se podrá planchar mas que la mitad. Harán falta mil cosas, y si no contáramos gracias á Dios con un repuesto, tendríamos que carecer de ellas.

Voy á referirte un cuento que todos los niños saben; pero que tú sin duda ignoras cuando has obrado así.

Mira, había un lugareño que se llamaba Blas, el cual tenía una novia y un sembradito de trigo.

Por la mañana iba á ver á la novia y la encontraba fea; por la tarde iba á ver el sembrado y hallaba las hojas lácias y las espigas inclinadas hácia el suelo.

El pobre mozo estaba desesperado.

(Continuará.)

Angela Grassi.

A UN RUISEÑOR.

Ave feliz, que oculta en la espesura
al viento das dulcísimas querellas,
cuando lucen las pálidas estrellas
ó á la sonrisa del primer albor;

Siempre escondida bajo verdes sombras
alegras con tu canto la pradera,
y en sus alas la brisa lisonjera
lleva los ecos de tu tierno amor.

Vuelas en torno de tu pobre nido
que trabajó tu fé pura y constante,
y sientes palpar tu pecho amante
al bramar iracundo el aquilon;

Ves los tiernos polluelos que acaricia
con sus alas tu dulce compañera,
y mientras ruge la tormenta fiera
callas, y triste está tu corazón.

Mas ya que el viento calma sus furoros,
se muestra el cielo diáfano y sereno
ni el relámpago brilla, ni del trueno
se oye el lejano y súbito fragor.

Al volver todo á su tranquila calma
recobrando su brillo antes perdido
tus hijos que se arrullan en el nido
escuchan de tus ecos el rumor.

Que dulce es tu cantar! allá en la noche,
cuando la luna en medio de la esfera
señala la mitad de su carrera
derramando su tierno resplandor;

Cuando en silencio mágico reposa
el mundo entre las sombras sumergido
y el céfiro se mueve adormecido
meciendo el tallo de la tierna flor;

O ya cuando el crepúsculo del día
se anuncia con celajes de oro y grana
despuntando sus luces la mañana
con su bello y alegre despertar;

Y descendiendo cual menudas perlas,
á los campos enéfico rocío
las mustias flores á su beso frío
tornan su cáliz bello á desplegar.

Otras noches tus cantos escuchaba,
y al dulce son de tu amoroso acento
cruzaba mi memoria un pensamiento
triste como tu lánguido cantar.

Y otras, tu mismo canto me inspiraba
y al percibir su célica armonía
empezaban tristeza y alegría
unidas en mi mente á resbalar.

¿Por qué esta noche entre silencio grave
reparas en las sombras adormido,
y no llega á espirar hasta mi oído
tu dulce y melancólica canción?

Mira que ya se vá la primavera
y marchitos los árboles vecinos
no te darán su sombra. ni tus trinos
volverán á alegrar mi corazón.

Maria G. Galan y Godoy de Esteban.

LEONTINA,

POR

MATILDE BOURDON.

(CONTINUACION)

El mundo ahoga la voz del corazón; pero entre personas de cierta índole esta voz notarda en recobrar su irresistible imperio. Leontina experimentaba esa sed de afecto, noble tormento de las almas escogidas, cuyo alivio sólo puede realizar el Maestro y Esposo celestial, pues ha dicho: *Quien tenga sed venga á Mi y beba.*

Leontina no había acudido aún á esta fuente pura y siempre abundante; después de haber pedido á su marido lo que este no podía darle, esto es, un amor constante é inagotable, buscaba el reposo de su corazón en su hija: como la hija no sabía amar todavía, la inexperta madre invocaba el ruido, la vanidad, los placeres efímeros, á fin de mitigar tan vivos impulsos. ¡Era imposible! Todas las noches, todas las mañanas se hallaba frente á sí misma, y se decía:

—¡Yo no soy feliz! René me quiere como puede quererme, pero esto no me basta. Si Juana tuviese más edad, por lo menos... Oh! ¡Cuánto triste es estar sola y no tener quien le diga á una: ¿qué tienes?

Julia no sospechaba la trizteza que roía sordamente el corazón de Leontina. Tristeza en medio del mundo, en medio de los espectáculos, en medio de los placeres, esto le parecía imposible. Por otra parte, se hallaban tan bien con sus distracciones, que ni siquiera pensaba que los demás pudiesen sufrir. Todo le servía de espectáculo, en cualquier emoción se recreaba. Un día se hallaba en el muelle con Leontina y sus amigas debajo de un pequeño pabellón mirando, unas veces con ansiedad, otras con admiración, al mar cuya masa irritada levantaba el viento del Oeste. Julia manifestaba un vivo interés; hablaba, hacia exclamaciones, observaba el aspecto pintoresco de la escena, la belleza imponente del mar, blanco como la primera nevada del invierno, y la singular disposición de las nubes en medio de las cuales corrían las formas más fantásticas. Un débil rayo de sol atravesaba de vez en cuando los densos nubarrones de color rojo ó gris, y arrojaba sobre esta escena una luz pálida.

Leontina no hablaba; su corazón palpitaba de angustia, y sus ojos estaban fijos, sin poderlos desviar, sobre una pobre barquichuela de pescadores que se veía aparecer y desaparecer entre las olas. El viento rugía con violencia, el mar invadía el muelle, y las olas furiosas tenían el

aspecto de monstruos que vomitaban torrentes de espuma. La barquichuela gracias á los esfuerzos sobrehumanos de los que iban á bordo, se aproximaba á la costa; pero apenas se divisaba ya entre las inmensas moles de agua dispuestas á tragarla. Todos los ojos estaban clavados en ella; un grupo de hombres hacia apuestas:

—Que llegará; que no llegará.

Julia exclamó:

—¡Santo Dios! ¡Si hubiese aquí un pintor!

Algunas mugeres oraban en voz baja con las manos juntas; Leontina temblaba é iba á prorumpir en gritos de ¡socorro! ¡socorro! como si ella misma estuviese en peligro, cuando una sola exclamación se escapó de todas las bocas.

La barca acababa de desaparecer bajo una mole enorme que la había volado y roto con un empuje irresistible... Cuando esta masa de agua se hubo disipado viéronse flotar algunos restos y entre pedazos de tablas y del mástil dos hombres que luchaban contra las olas. Uno de ellos al cabo de algunos instantes se desprendió de aquellos restos que entorpecían sus movimientos y se puso á nadar con vigor. Podía distinguirse su robusto tronco y su cabellera gris que levantaba por encima de las olas cual un viejo triton habituado á dominarlas; pero el otro, los brazos entre lazados con un fragmento de mástil, flotaba sin resistencia y parecía desmayado ó muerto.

—¡Nadie irá á su socorro! exclamó en alta voz Leontina, mientras que Juana ocultaba su rostro entre los pliegues del vestido de su madre.

Un joven se separó del grupo de los espectadores: ¿había oído las palabras de Leontina? Mírola, quitóse algo de ropa, se arrojó al mar y echó á nadar hacia el naufrago. Reinó el silencio: un solo pensamiento preocupaba á los espectadores de aquel duelo entre el hombre y los elementos. Leontina sentía palpitár su corazón con doble fuerza: sus ojos iban del joven que avanzaba con esfuerzo, al marino que parecía apretar convulsivamente el tronco á que se había agarrado... Se aproximaban; el joven consiguió coger al naufrago y lo empujó en dirección á la orilla, sosteniéndolo con una mano y nadando con la otra.

Varias veces se vieron desaparecer, varias veces se creyó perdidos á los dos; pero cada vez que la cabeza de Enrique Rouzière reaparecía en la superficie de las olas, se veía también al pescador á quien tenía apretado fuertemente. Ya sólo faltaban algunos piés para ganar la costa, cuando á impulsos de un supremo esfuerzo arrojó al hombre desmayado sobre la arena, mientras

él desaparecía entre las olas. En esto dos ó tres espectadores avanzaban en el agua y lo conducían pálido, sin sentido, con la cabeza caída hacia atrás y ofreciendo la imagen de la muerte. Lleváronle al Casino en la misma camilla que sirvió para el que había salvado. El viejo marino chorreando agua le seguía orando en alta voz sin respetos humanos; rezaba el Magnificat por él y su compañero.

El mar se embravecía con nueva cólera, y exhalaba profundos gemidos; pero felizmente por esta parte de la costa no le quedaban más víctimas que devorar.

Toda la noche aquella escena se reprodujo en la imaginación de Leontina: representábansele aquellas montañas de agua imponentes y amenazadoras; oía el siniestro bramido que salía de sus flancos; pero sobre todo estaban viendo aquellos tres hombres que, durante diez minutos, un siglo de angustias, habían ganado sus simpatías de un modo irresistible. La cara del viejo marino llena de energía, la pálida figura de su compañero y la animada fisonomía de Enrique Rouzière no cesaron de aparecer entre sus sueños.

Había vuelto á tomar la costumbre de consignar sus pensamientos en aquel librito del que ya hemos cortado algunas páginas, y en él escribía sus recientes impresiones el día siguiente:

«Dieppe, Setiembre.

«Estando en el muelle he oído decir que Anselmo, el joven marino á quien Rouzière salvó ayer, se hallaba enfermo, y que era el único apoyo de su madre viuda y de sus tres hermanitos. Estas noticias me infundieron deseos de ir á ver estos infelices, pero sin decir nada á Julia. ¡Están tan poco lo que se interesa por todo lo que no sea un placer personal! He tomado á mi Juanita por la mano, y caminando por la ribera nos hemos dirigido al pequeño barrio de pescadores donde vive Anselmo. El mar, ayer tan terrible, estaba en perfecta calma. El sol iluminaba aquel sitio verde y risueño donde iban á morir las apaciguadas olas vertiendo espuma de plata. Las barcas de los pescadores se mecían blandamente en el mismo punto en que aquella fué destrozada por la tempestad, la cual no había dejado rastro alguno, si se exceptúan algunos restos de tablas y cuerdas dispersos en la playa, que recordaban el lance de ayer.

«No pude menos de entristecerme al contemplar esa indiferencia de la naturaleza, que destroza y mata y luego recobra su primitiva belleza sin condolerse de sus víctimas. Esta tristeza se duplicó al ver las miserables chozas en que

tienen que vivir los pobres pescadores, expuestos á tantos peligros. Pregunté por la casa de Anselmo, y supe que era la más indigente de todas. Su puerta estaba abierta, y entré junto al hogar, donde algunos troncos de leña hacían hervir un puchero de tisana: pude reconocer á Anselmo, pálido aún del todo, con la cabeza vendada y preso de calentura. Su madre arreglaba la cama que acababa de dejar: al verme dejó sus faenas, y mi compasión aumentó al fijar los ojos en aquella cara demacrada y ansiosa.

—«He sabido que vuestro hijo estaba enfermo, y os traigo un pequeño socorro, le dije, poniéndole diez francos en la mano.

—«Dios se lo pague, contestó. Mi pobre hijo quedó ayer descalabrado, saliendo herido de la cabeza: esto le impidió nadar, pues de lo contrario nada como un pez.

—«Pero fué socorrido á tiempo, le dije.

—«Sí, por aquel bravo caballero, interrumpió Anselmo con voz débil: tan luego como recobré los sentidos, prometí á la Virgen de los desamparados ir á visitarla y rogar por él.

—«Mire V., dijo la madre á su vez mostrándome una moneda de oro, esta mañana, mal repuesto aún de los trabajos y cansancio de ayer, ya ha venido aquí y me ha entregado esto para mi hijo y mis hijitas.

—«Lo tendré siempre presente en mis oraciones, y á V. también mi caritativa señora. ¡Decid que sin él mi pobre muchacho se hubiera ahogado!

(Continuará.)

RESIGNACION.

(CONTINUACION)

—¿La felicidad más positiva de este mundo, no consiste en causar la de los demás? ¿No hay un inmenso consuelo en el placer que se causa? ¿Consagrarse á quien sin este sacrificio no hubiera conocido más que las penas de la vida, no es un bien preferible á los más brillantes destinos? ¿Hacer revivir un alma que se extingue no es un bello sentimiento?

Yo le miraba con ansiedad y las lágrimas brillaban en mis ojos.

—Sí: continuó, preguntad á Ursula si quiere ser mi esposa.

Dí un grito de alegría por toda respuesta y me precipité hacia la habitación de la pobre joven. La encontré según costumbre sentada, tra-

bajando y soñolienta. La soledad, la ausencia de todo ruido y la falta de todo interés, habían realmente adormecido aquella alma, y esto era un favor del cielo, porque así no sufría. Solo los demás se apiadaban de aquella inmovilidad de existencia que no había tenido su parte de vida y de juventud. Sonrió al escucharme, lo que constituía el mayor movimiento de aquel alma paralizada. No temí comunicar una violenta impresión á toda aquella organizacion paciente, y perjudicarla con tan brusca conmoción de felicidad: quería ver si la vida estaba solo ausente ó definitivamente apagada en su alma. Me senté en una silla delante de ella, coji sus dos manos entre las mías y fijando mis ojos en los suyos la dije:

—Ursula! Mauricio de Erval me ha encargado que os pregunte si quereis ser su esposa.

La pobre jóven se quedó como herida del rayo: las lágrimas corrieron al instante de sus ojos, que brillaban sin embargo al través de aquel húmedo velo. Su sangre paralizada por tanto tiempo precipitó su curso, cubriendo sus mejillas de vivo carmín y toda su persona de un color sonrosado; su pecho se dilató para dar salida á su oprimida respiración, su corazón palpitó con violencia y sus manos apretaron convulsivamente las mías. Ursula no estaba mas que dormida y entonces despertaba. Conforme la voz de Dios había dicho á una jóven muerta: «Levántate y anda! Así el amor decía á Ursula: despiértate! Ursula amó súbitamente ó tal vez amaba ya en secreto para sí y para los demás; pero en aquel momento el velo se rasgaba y vió todo su amor. Al cabo de algunos segundos, se pasó la mano por la frente y dijo en voz baja:

—No, esto no es posible!

Yo no hice mas que repetir la misma frase.

—Mauricio pregunta si quereis ser su esposa.

—A fin de acostumbrar á Ursula á aquella combinación de palabras, que á la manera de notas armoniosas concertantes formaban para la pobre jóven una desusada melodía.

—Su esposa! repetía ella con éxtasis, su esposa, y luego precipitándose al sitial de su madre exclamó: «Madre mía, lo oís!... ¡me pide por su esposa!

—Hija mía, respondió la anciana ciega, buscando á tientas la mano de Ursula, mi hija querida, Dios debía tarde ó temprano recompensar tus virtudes.

—Dios mío! exclamó Ursula, ¿qué es lo que hoy me sucede?... ¡Su esposa! ¡Su hija querida! y cayó de rodillas, con las manos cruzadas y el rostro inundado de lágrimas. En aquel momento se sintieron pasos en el corredorcillo.

—El es, grito Ursula. Dios mío! añadió, poniéndose las manos sobre el corazón, he aquí la vida!

Me escapé por una puertecilla oculta, para que Ursula, bella con sus lágrimas, su emoción y su felicidad, recibiese sola á Mauricio de Erval.... desde este día hubo una transformación en Ursula, que se reanimó y rejuveneció bajo la dulce influencia de la felicidad. Recobró bien pronto aun mas que su perdida hermosura, porque había en ella no sé qué reacción interior que daba á su rostro una indefinible expresión de alegría. Su felicidad participaba en ella de alguna cosa de su primitiva naturaleza, porque era recogida plácida y silenciosa; pero exaltada con el misterio. Así Mauricio que había amado á una mujer sentada á la sombra, pálida y desimpresionada de la vida, nada tenía que alterar en los colores del cuadro que le había interesado, aunque Ursula fuese feliz.

Pasaron uno al lado del otro muchas noches en la salita del piso bajo, sin mas luz que la de la luna que entraba por la ventana abierta. Se hablaban un poco, se miraban mucho y meditaban á la vez. Ursula que amaba con sencillez y candor decía á Mauricio: «Soy feliz, os amo y os doy las gracias.»

Su dicha no buscó espacio ni publicidad y solo la casita gris fué testigo de ella. Ursula trabajaba siempre y permanecía al lado de sus padres, pero si su cuerpo ocupaba inmóvil el mismo sitio que antes, su alma volaba libre, resucitada y radiosa ¡oh sueños de esperanza! aunque hayais de desaparecer tan fugitivos como las nubes que huyen en el cielo, pasad, pasad por nuestra vida.... El que no os ha conocido es mil veces mas digno de lástima que el que lamenta vuestra pérdida.

Así se pasó un tiempo bien feliz para Ursula; mas llegó un día en que Mauricio al entrar en la salita dijo á su futura.

—Querida mía, es preciso acelerar nuestro matrimonio; el regimiento va á cambiar de guarnición y es preciso que ya estemos casados para que partais conmigo.

—Vamos muy lejos, Mauricio?

—Qué os asusta, amada Ursula, ¿tembláis por ver un nuevo país, otro parage del mundo? Los hay más bonitos que este.

—No es por mí. Mauricio, sino por mis padres: son muy viejos para emprender un largo viage.

Mauricio se quedó inmóvil delante de Ursula. Aunque el denso velo que la felicidad pone ante los ojos hubiese impedido á Mauricio el reflexionar, no se le ocultaba que Ursula, para correr su suerte aventurera tendría que separarse de sus

padres. Había previsto su dolor, pero confiado en el amor que inspiraba, creía que este amor ardiente tendría poder para enjugar todas las lágrimas de que él no fuese origen. Era ya preciso informar á Ursula de su suerte, y aunque triste por la inevitable pesadumbre que iba á causarle, Mauricio la cogió de la mano, la hizo sentar en su sitio acostumbrado y la dijo con dulzura.

—Amiga mía, es imposible que vuestros padres puedan seguirnos en nuestras caminatas...

Hasta ahora Ursula, hemos amado y llorado juntos, hemos pasado una vida ideal, sin fijarnos en ninguna de las cuestiones que tienen relación con sus detalles positivos y el momento ha llegado de ocuparnos de nuestro porvenir. Yo, querida mía, no tengo posibles, no poseo mas que mi espada.

Aun al principio de mi carrera, mi paga no asciende mas que á una cantidad que nos impone á los dos una vida entera de privaciones. He contado con vuestro valor; pero vos sola debéis seguirme.

La presencia de los padres en nuestra casa acarrearía una miseria inevitable, porque no tendríamos pan!

—Abandonar á mi padre y á mi madre! exclamó Ursula.

—Dejadlos con lo poco que poseen en su casita, confiadlos á manos seguras y vos seguid á vuestro marido.

—Abandonar á mis padres! repitió Ursula; pero no sabéis que lo que tienen no les alcanza para vivir? ¿qué trabajo sin que ellos lo sepan para pagar el alquiler de esta casa y que hace veinte años no tienen quien los cuide mas que yo?

—Mi pobre Ursula, replicó Mauricio, es preciso someterse á lo que es inevitable. Vos les habéis ocultado la pérdida de su caudal; pues que lo sepan ahora ya que es necesario. Arreglad sus gastos conforme á lo que es queda, porque, amiga mía, nada tenemos que darles.

—¡Partir sin que vayan con nosotros!... ¡es imposible!

Os digo, que es preciso que yo trabaje para ellos.

—Ursula, Ursula mía, dijo Mauricio, estrechando entre sus manos la de las pobre jóven, por Dios os pido, que no os estraviéis á impulsos de vuestro generoso corazón, reflexionad y haceos cargo de la verdad desnuda. No es que rehusamos el dar, es que no tenemos que dar. No podemos vivir mas que solos y aun eso porque ambos á dos tendremos valor para sufrir.

—No puedo abandonarlos; respondió Ursula

con amargura, mirando á los dos viejos dormidos en sus poltronas.

—¿No me amais Ursula? preguntó Mauricio á su novia, que le respondió con un torrente de lágrimas.

Mauricio permaneció mucho tiempo junto á ella. Con afectuosas palabras de ternura le explicó cien veces su posición, convenciéndola de lo que ella se había forjado en su imaginación que era imposible, entró en pormenores acerca de la existencia futura de sus padres y despues se despidió prodigándola mil nombres cariñosos. Ella le había dejado hablar sin contestarle una palabra. Despues que se vió sola, apoyó la cabeza en su mano y así pasó inmóvil las horas de la noche. ¿Qué es lo que pasó en el interior de la jóven?

Dios solo lo sabe! porque ella á nadie se lo había dicho en la tierra.

A la primera claridad del día, se estremeció, cerró la ventana que se había quedado abierta desde la noche anterior, y pálida, temblando de frío y de emoción, cogió papel y escribió:

—Adios, Mauricio! Me quedo con mis padres, que necesitan mis desvelos y mi trabajo. Abandonarlos en su vejez, sería causarles la muerte.—No tienen mas que á mí!—Mi hermana en su última hora me los ha confiado diciéndome: «Hasta que nos veamos, Ursula....» Yo no la volvería á ver sin que cumplierse mis deberes.

¡Mucho os he amado y os amaré siempre! Mi vida no será mas que un continuo recuerdo vuestro. Habeis sido bueno y generoso; pero ah!... somos muy pobres para podernos casar. Hasta ayer no lo había comprendido... Adios!... Mucho valor se necesita para escribir esta palabra. Espero que vuestra vida será feliz. Otra mujer más dichosa que yo os amará.... es tan fácil el amaros!—Sin embargo no olvidéis del todo á la pobre Ursula.—Adios, querido mio!... Ah! bien sabía yo que no podía ser feliz!

URSULA.

Compendiando esta narración diré que Ursula volvió á ver á Mauricio y este me puso por intercesor: pero todas nuestras súplicas fueron inútiles y nunca quiso separarse de sus padres. «Es preciso que trabaje para ellos» decía: en vano teniendo egoismo en vez de ella, la hablé del amor de Mauricio y de la felicidad que podría conseguir... En vano con cierta especie de crueldad, la recordé su edad y la imposibilidad de hallar otra ocasión para cambiar de estado. Lloraba al escucharme humedeciendo con sus lágrimas la labor que no quería interrumpir:

y despues con la cabeza caida sobre el pecho repetia en voz baja:

—«Se moririan, es preciso que trabaje para ellos!..

Exigió de nosotros que su madre no supiese lo que pasaba y fué preciso inventar un pretexto para explicar á sus padres la causa de no verificarse el matrimonio de su hija, la que nunca supieron se sacrificaba por ellos... Ursula volvió á sentarse junto á la ventana, empezó sus bordados, trabajando sin cesar, inmóvil, pálida, quebrantada.

¡Ah! Mauricio de Erval tenia una de aquellas almas sabias y mesuradas que asignan límites hasta al entusiasmo y no saben hacer sublimes locuras. Así su corazon como su entendimiento no admitian cosas imposibles. Si el casamiento con Ursula no hubiera tenido obstáculo, tal vez hubiera podido hasta su último suspiro creer en el amor sin límites de su esposo; pero aquella fatal barrera vino como una fatídica prueba á patentizar al mismo Mauricio los límites de su amor. Mauricio suplicó por algun tiempo, despues se desanimó y desapareció.

Llegó un día en el que estando Ursula sentada junto á su ventana, sintió pasar una banda de música militar y pasos firmes y á compás resonaron tambien en sus oidos. Era el regimiento que se marchaba con la música á la cabeza. La estrepitosa sonata de desdicha, venia como un triste adios, á resonar y extinguirse en la callejuela de Ursula. Se puso á escuchar temblando. La música á lo primero brillante y cercana se iba alejando y haciendose más débil. Despues ya no llegaba á sus oidos más que un rumor vago á lo lejos, entre el que sobresalía algun sonido aislado que el viento traia hasta ella, y por último, un profundo silencio sucedió á todos los cánticos que se perdieron en el espacio. La última esperanza de la vida de Ursula parecia pendiente de aquellos sonidos que resonaban á lo lejos y... huia, se alejaba y se extinguia con ellos.

La pobre jóven dejó caer su labor sobre las rodillas y ocultando el rostro entre las manos, sus lágrimas se escaparon por entre los dedos. Así permaneció hasta que se perdió el último sonido de la música del regimiento, despues se volvió á continuar su tarea... por toda su vida.

(Continuara.)

X.

DOLORA.

Dulce niña, á quien convida
el mundo con faz risueña,
alma inocente que sueña
en la aurora de la vida,
inquietos tus ojos lanzas
hácia un bien que ves cercano.
Dí, tu corazon ufano
de que vive;—De esperanzas.—

Pasó la ilusion querida
de la juventud ufana
—pasó! cuanta dicha vana
cuanta esperanza perdida
—Son tus pensamientos cuerdos,
Cordura les dan los años
—¿Que padeces?—De engaños.
—De qué vives?—De recuerdos.

De ese modo miro yo
como la vida se vá
primero... lo que vendrá!
y despues... lo que pasó!

De la dura muerte esclava
nos dá por toda riqueza
esperanzas cuando empieza
y recuerdos cuando acaba.

José Selgas.

CORRESPONDENCIA.

Lantadilla. Señor don F. Z., recibida su carta y anotado el dinero que envia, Servida la suscripcion nueva y remitidos los números que le faltan, gracias por su interés.

Santo Domingo de Silos. Señor don J. S., en nuestro poder las 6 pesetas de V. y las 6 de D. I. M.

Santisteban del Puerto. Anotados los 12 rs.

Carmona. Señora doña I. C., recibidos los 8 rs.

Antequera. Señora doña A. R., anotados los 4 rs.

Cantalejo. Señor don P. L., recibidos los 40 rs., gracias por su eficacia.

(Continuara.)

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia».